



Después de ver a una mujer llamada Emma Bowlcut en una fiesta, el protagonista, un científico incondicional del boxeo, empieza a mandarle sesenta y dos cartas que se leen como una novela íntima y confesional del narrador Bill Callahan, ex líder de la banda Smog, que debuta en la ficción con este libro

AVANCE/ 'CARTAS A EMMA...' / BILL CALLAHAN / ALPHA DECAY

El científico del boxeo que redacta epístolas de amor

CARTA 1

El mundo había enmudecido a mi alrededor. La sordera cayó como una fuerte nevada. Lenta y constante. Desde entonces he estado esperando el crujido de unos pasos que se sumen a los míos. Aguzando mis sentidos deliberadamente. Y siempre voy con un micrómetro (que rima con termómetro) plateado. Si he bebido lo suficiente, se refugia en un bolsillo. Luego bebo un poco más y asoma de nuevo.

Escuché esos pasos. Giré la cabeza y estabas allí. En esa fiesta. Yo era el que iba con el micrómetro de pareja.

Fui a la fiesta con aires de quien se hace de rogar. La verdad es que, probablemente, había pensado tanto en la fiesta como los que la organizaron.

Podría hablar de tu pelo o de mis investigaciones. Están conectados de forma compleja. Y eso es lo que me sorprendió de ti. Estoy subyugado por mi trabajo. Así que cuando lo descubrí creciendo por tu cabeza, tuve que escribirte.

No podía hablar contigo pero tuve que escribirte.

CARTA 2

Tu respuesta llegó como un molusco que una gaviota hambrienta hubiera dejado caer. Acaso la gente todavía cocina berberechos. Dejé la carta sobre la mesa de la cocina y luego me preparé un baño. La higiene, como siempre, es lo de menos. Me baño para hacer tiempo.

Me senté aseado a la mesa. Mi vecino se asomó a su ventana, husmeó y me gritó: 'Tienes un pastel de chocolate en el horno'.

A tu carta se le enrolló el pelo. La primera que jamás me hayas escrito.

Le contesté: No.

No nos conocíamos de nada y allí estaba mi vecino, mirándome fijamente, moviendo las aletas de la nariz. No podía creer lo cerca que estaba. Como no se movía de la ventana, le dije: 'Me preparé una tostada hace un rato'. (...)

Había unos trocitos de techo o algo parecido hundidos en las profundidades de tu sobre. El mío desapareció el invierno pasado. Se volvió húmedo y plateado y, finalmente, cobrizo: cayó en pedazos suaves y pastosos. Todavía no he hecho nada al respecto. Las goteras empezaron a las cuatro de la mañana: las oí desde mi cama. Llevaba viviendo bajo cuarenta centímetros de nieve derriéndose desde quién sabe cuándo. Uno de mis objetivos es no hacer preguntas, ya que eso implica la suposición de que todo esto

ha sucedido antes, y yo solamente te estoy pidiendo que me cuentes qué tal te fueron las cosas. Lo que no significa que no crea en el destino.

Tienes todo el derecho a preguntarme por lo que hago, pero no creo que mi trabajo tenga un nombre. Estudio el Vórtice, utilizo micrómetros fundamentalmente. Semejante dedicación ya me ha divorciado de muchas cosas; aunque yo lo viva, exactamente, como todo lo contrario.

Estoy deseando que seas mi eslabón perdido. Tu carta encajó en la cerradura de mi día como una llave.

Gírala.

CARTA 3

Iba pegando bocados, me mordía los puños. Me mordía las uñas hasta descubrir que todo me roía. Salir de casa para detener este bucle filmico. La película está enredada y el sonido estrangulado. Que no haya nada reservado para ti es algo que me ocurre a mí de vez en cuando. Puedo olvidar cualquier cosa.

Pero algo dirige mis pasos. Eres tú desde otra boca. Aún no estoy seguro de si la escuchas. Acércate más, adéntrate en la nevada ensordecedora. Bajo la ventisca, encontrarás la roca caliente del desierto.

Di una vuelta a la manzana como quien intenta eludir un asedio y luego me metí en el coche a leer el periódico. He cargado las pilas. Energía. Los vecinos me incordian. Irascible. Hormigueo en el antebrazo derecho. La mano en la que llevo el micrómetro se contrae como el obturador en una cámara vacía.

Me pasé la noche sumido en un tostón de diez asaltos. Había dos tipos: uno era estilista y el otro fajador. Ninguno de los dos conectaba golpe alguno. Incluso el árbitro, resignado, quería que acabara la pelea. No siempre puedes pelear la pelea que quieres pelear. Pero, Dios, cómo quería verles encajando esos ganchos.

Necesito una copa de vino al final del día. Luces de Navidad para el cerebro. En tiempos de paz contemplamos gaviotas. No quiero destruir nada. Pero quiero saber qué es lo que puedo destruir. Me domina la certeza de que te necesito como la sangre necesita a la vena para ir de un lugar a otro.

CARTA 4

Creo que te refieres a la cera de lacre. No creo que exista nada parecido a una cera para el techo.

No he olvidado un detalle de la fiesta. Pa-



El músico y escritor Bill Callahan, que publica en España Alpha Decay. ARCHIVO

LA FICHA



Cartas a Emma Bowlcut.

Bill Callahan.

Traducción de Héctor Castells.

Alpha Decay:

Héroes Modernos.

Barcelona,

2011, 128 pp.

[A la venta el 5

de septiembre]

riendo. Su madre le perseguía con la prenda de la que se había desembarazado. Quizá el niño fuera mi viejo amigo y la madre fuera yo. Respecto a nuestro encuentro: no soy melifluo, pero quizá quieras traerte un libro. Hablé por teléfono con mi abuela. Ya se le acaba la cuerda. No estoy seguro de que oyera una sola palabra de lo que le dije. La han trasladado a una residencia. Por lo de sus lapsus. He caído en que todas mis cartas hablan de mí y no de ti. Me gustaría que me mostraras el mismo respeto.

CARTA 6

De mi lista de cosas favoritas de todos los tiempos, una de las que más me gusta es cuando un animal intima con otro que no es de su especie. El otro suele ser un pato. Quizá deberías pillarte un pato para la biblioteca donde trabajas. Nadie se quejaría. Una biblioteca es un buen sitio para un pato. Una mujer redonda y juvenil de cincuenta años y un pelo que de tan naranja era azul me hizo una limpieza dental. Tenía las manos más pequeñas que jamás haya visto en un adulto. Era como si hubiese sido concebida para la profesión: la manera en que se sentó en el brazo de la silla, con su reloj en mi boca. Mis dientes son un despropósito y todo el mundo se mete con ellos. Hasta en la recepción aceptan mi dinero de mala gana.

Estar en una de esas sillas de dentista te da tiempo para pensar en tus pies. Tengo la teoría de que los pies no deberían estar a temperaturas distintas, pues tal es la causa de trastornos e incluso de enfermedades. En invierno, si sólo encuentro un calcetín, no llevo ninguno.

Que te hayas comprado una chaqueta «a medida» ha despertado un montón de imágenes en mi cabeza. Es probable que todas sean inexactas. Como tú yéndote a dormir como una mujer y despertándote convertida en una niña y viéndote obligada a llevarle toda la ropa al sastre para que te la ajuste a medida.

Trabajar, eso es lo que tengo que volver a hacer. No sabría explicarte a qué me dedico. Si me vieras sería casi como no ver nada. Alguien me dijo una vez que parece que esté acariciando mariposas en el aire.

Es bueno que escribieras sobre la falta de sexo. Eso es lo que realmente me preocupa. El «bucle filmico» que mencioné hace dos semanas no está en blanco, es copular de punta a cabo. Me abro paso entre una maraña de cuerpos entrelazados mientras camino.

recías teledirigida. Besaste a todos tus amigos al entrar y al salir, aunque sólo estuviste quince minutos. Descubrí que tu pelo no brillaba, pero que absorbía la luz como el Vórtice. Luego abriste la boca y quise besar-te los dientes. O comerme uno o dos, como caramelos de menta.

Juraría que el vestido que llevabas era tu uniforme. Zapatos masculinos, sin calcetines. Luego vi pasar un rebaño de monjas con los mismos zapatos. No me necesitabas para nada. Tus ojos eran la habitación. El tren inferior de tu cuerpo era como el río Mystery. Y tu voz era muchas voces distintas. Quise abrazarte, hasta que escuché una voz. Me quedé de pie, sin intención de moverme, y pensé que vemos venir cada uno de los puñetazos que se reparten en las películas de boxeo pero que, en la vida real, se nos escapan un montón.

CARTA 5

Salí disparado a por bourbon pensando en lo que escribiste. La ciudad era un invernadero. El pasado floreció como una orquídea grotesca. Estuve paseando por mi vida de hace doce años. Vi un sosias de mi mejor amigo de la época.

Dónde estará ahora. Nuestra amistad se desvaneció en la espesura del bosque.

Le he buscado. Contraté a alguien. Una persona. Un alcohólico.

De mi cabeza nevaron recuerdos manoseados mientras caminaba meciendo la botella de bourbon en mis brazos. En el neón del restaurante chino podía leerse 'Arroz fritos chinos' Había una taza de váter de cristal transparente en el escaparate. Me vi metido en la taza. Deseé no recordar la escena después de otros doce años.

Un niño sin pantalones me adelantó co-